

que hasta entonces se había manifestado tan condescendiente con su familia. Se cree que si este Pontífice hubiese vivido mas tiempo, se habría declarado abiertamente á favor de la Francia, pues la estimó siempre, y además tenía esta nacion el mérito de haber favorecido en todos tiempos al concilio de Bolonia. Asi es, que cuando Carlos V supo la muerte de este Papa, «estoy seguro (dijo) de que si se abriese su cuerpo, se le encontrarían las flores de lis grabadas en el corazón.» Paulo III, por mas que hayan escrito contra él una multitud de censores, ya émulos, ya heterodoxos, será reputado, segun el testimonio mas cierto de sus obras, por un Pontífice de mucho acierto en los consejos, y de grande energía en las resoluciones, igual en todos los acontecimientos, noble en sus inclinaciones, afable en sus modales, amante de las letras, aprovechado en ellas, y siempre dispuesto á premiar el mérito; pero lo que mas le honra, aun entre los Pontífices mas ilustres, es el haber sido el primero que convocó y principió el concilio deseado por tanto tiempo, respetando su libertad hasta sacrificar á ella sus propias ideas. Fué reprehensible el excesivo cariño que mostró á sus parientes, los cuales le correspondieron con ingratitude y le abreviaron la vida. Hallándose Paulo en los últimos momentos, repetía sin cesar, imitando el ejemplo tardío de otros muchos Papas: «si no me hubiera dejado dominar de los míos, no tendría yo ahora ninguna mancha, ó á lo menos estaria libre de la mayor falta que he cometido (1).»

El cónclave celebrado para elegir sucesor duró cerca de tres meses, con motivo de las intrigas de dos facciones casi igualmente poderosas, la una de los cardenales franceses, y la otra de los austriacos. Pareció desde luego que no podía menos de recaer la elección en el cardenal Polo, no menos digno de ella por la preeminencia de sus talentos y virtudes,

(1) De Thou, l. 10.

que por el esplendor augusto de su nacimiento, y que además de esto estaba sostenido por Carlos V, como que había sido constantemente adicto á la reina de Inglaterra, Catalina de Aragon, y lo era á la princesa Maria, hija de esta. Pero fué tan grande la indiferencia que mostró Polo en orden al pontificado, como el mérito que tenía para lograrle. Solo le faltaban dos votos para reunir las dos terceras partes, y ya le hacían la corte los cardenales, creyendo que indefectiblemente sería Papa, cuando él mismo advirtió á estos prelados que no procediesen con precipitación en un asunto de tanta importancia para la gloria de Dios y el interés de la Iglesia. Otra vez le despertó su conclave para decirle que estaban á la puerta los cardenales, y que iban sin duda á terminar su elección. Reprendió á su oficial; hizo presente á los cardenales que no era oportuna aquella hora para un asunto de tal naturaleza, y los persuadió á que lo diferriesen hasta el otro día. Perdida esta ocasion, se le acabó para siempre el pontificado, y es muy probable que así lo pretendía la heroica modestia del cardenal Polo. La envidia y los celos de sus competidores adquirieron un nuevo grado de actividad, como debia esperarlos naturalmente este prelado; pero lo que no puede menos de llenarnos de asombro y de indignacion, es que intentasen denigrar sus costumbres angelicales, y lo que es mas, empeñarse en hacer sospechosa la fé de un confesor perseguido de muerte y desterrado entonces de su patria.

Habiéndose mostrado al parecer risueña la fortuna sucesivamente á algunos otros cardenales, se declaró por último de un modo efectivo á favor del cardenal Juan Maria del Monte, primer legado en el concilio de Trento. Su verdadero apellido era Giocchi, y su familia, que era obscura, residía en la aldea de Monte Sansavino, en Toscana, de donde su tío Antonio, creado cardenal por Julio II, había tomado antes el nombre de cardenal del Monte. Fué elegido á 8 de febrero de 1550, y se ha-

mó Julio III, en memoria del Papa que había sacado de la oscuridad á su familia. Se había acreditado en los primeros empleos que obtuvo, manifestando mucha aplicacion al despacho de los negocios, un espíritu superior á las dificultades, y una magnanimidad tal, que no pudo subyugarla Carlos V, ni durante la celebracion del concilio, ni en la traslacion de éste (1). Dicese que Julio III era uno de aquellos talentos subalternos que brillan en el lugar segundo y se eclipsan en el primero; hombre recto y de buenas intenciones, pero de limitada esfera, y nacido para ejecutar y no para mandar. Siendo legado de la Santa Sede, había sostenido sus derechos con intrepidez, oponiéndose en algunas cosas al emperador; y habiendo llegado á ser Sumo Pontífice, se pretendió que condescendió demasiado con los deseos de este príncipe, esponiéndose á disgustar á las demás coronas, y perjudicando al concilio general, contra el cual suscitó las prevenciones de Francia que hasta entonces se hallaba tan dispuesta en su favor. No nos es posible admitir las acusaciones que se hacen á Julio III por una crítica ligera y ordinariamente apasionada. En efecto, se ha llevado la injusticia hasta sostener que luego que este Pontífice se vió sublimado á la Cátedra de San Pedro, pareció notarse un cambio hasta en sus costumbres y que vino á menos su amor á la justicia. En estas acusaciones fácil es descubrir el lenguaje de esos escritores á quienes repugna la gloria de la Santa Sede y que para desacreditar el Pontificado apelan á todos los medios, á fin de envilecer los hombres en que se personifica. Preferimos creer que Juan Maria del Monte, cardenal laborioso y retirado, fué con el nombre de Julio III un Papa aplicado y regular, que segun los mejores autores no tenía mas placer que ocuparse en los negocios y en la conservacion del orden público.

(1) Onuphr. in Jul. III; Ciaec., t. 3, p. 741.

Tuvo Julio III el mérito de continuar el concilio en que había presidido como legado; lo que ejecutó por su propia voluntad, antes que le instase nadie á dar este paso; y hubiera sido mas laudable si por complacer á Carlos V no hubiera justificado en cierto modo los imperiosos procedimientos de este príncipe contra la asamblea de Bolonia y si al restablecer el concilio de Trento hubiera guardado al menos los juramentos de costumbre con el rey cristianísimo. Mas lejos de eso, unió sus armas á las de Carlos contra los franceses con motivo del ducado de Parma. En una palabra, seguro del emperador, no pidió nada mas; y en 14 de noviembre de 1550 publicó la bula de convocacion, que fijaba la continuacion del concilio para el día 1.º de mayo siguiente (1). Solo se nombraba en ella al emperador, entre todos los soberanos, de los cuales se hablaba en general, contra el uso constante, á lo menos, respecto de la Francia. Sin embargo, Julio se mantuvo firme contra las instancias de Carlos V que quería además no se pudiese en la bula espresion alguna que indicase la validez de los decretos dados ya en Trento; jamás quiso el Papa suscribir á una cláusula que habría parecido poner en duda la autoridad divina de los concilios.

Había hecho el emperador muchos esfuerzos, aunque inútiles, para que admitiesen los decretos de Trento sus vasallos herejes, los cuales pedían un concilio en que se examinasen de nuevo las primeras decisiones, al que asistiesen los teólogos de la confesion de Augsburgo con facultad de juzgar y decidir, y en que no presidiese el Papa. Esa era su insolente y obstinada pretension, y eso fué cuanto pudo conseguir de ellos el emperador en una dieta celebrada despues de sus victorias; en cuyas circunstancias y con el mismo poco éxito publicó un edicto riguroso para todos sus vasallos que profesasen otra religion que la católica. Esta

(1) Pallav., l. 2, c. 2.

providencia, que era estensiva al establecimiento de tribunales semejantes á los de la Inquisicion, fué mal recibida en toda Alemania, y mucho mas en los Países Bajos, contra los cuales se dirigia especialmente. Fué tal la interrupcion del comercio, la desercion de los comerciantes extranjeros, ingleses y alemanes, el desórden y el peligro de una rebelion declarada, que la reina de Hungría, gobernadora de aquellas provincias, fué á ver á su hermano el emperador, á quien persuadió que suprimiese á lo menos las fórmulas y el término de Inquisicion, que era lo que principalmente incomodaba á los pueblos (1). Desde este edicto, cuyas disposiciones esenciales se conservaron sin ninguna alteracion, fueron menos rápidos ó á lo menos mas ocultos los progresos que en Bélgica hizo el error, hasta que hallándose este con bastantes fuerzas para levantar el estandarte de la rebelion en la parte mas defendida por los pantanos y brazos de mar, movió á los pueblos á sacudir á un mismo tiempo el yugo de la Iglesia y el del imperio (1550).

Pervertida ya la Prusia acabó Osiandro esta perversion, llevando a ella el monstruoso sistema en que quiso esceder á Lutero acerca de la doctrina de la justificacion. Sostenia que el hombre es justificado, no por la fé, sino por la justicia sustancial de Jesucristo, por la justicia con que Dios es justo, y que es el mismo Dios, de suerte que el hombre justificado es cristiano por naturaleza y no por gracia (2). Osiandro, como otros muchos fanáticos subalternos, habia sido discípulo de Lutero. Viéndose obligado á abandonar la Baviera, su patria, donde estaba en peligro á causa de su impiedad, se lisongeó con la esperanza de hacer fortuna en Inglaterra, bajo la proteccion del arzobispo de Cantorberi, el famoso Cranmer, que se habia casado con N. Hosen, hermana del tráfuga bávaro, porque este era su

(1) Sleid. Comment. l. 22, p. 784.

(2) Burn. Comment. l. 22, p. 807.

propio apellido, el cual habia mudado en el de Osiandro, pareciéndole mas noble que la palabra ó la significacion de la palabra alemana *Hosen*. Anduvo despues errante por otros varios países, donde su genio áspero y desabrido y sus paradojas impías le hicieron generalmente insufrible. Insultaba con particularidad á los teólogos de Witemberg, de quienes habia tomado los primeros elementos de su doctrina; pero tuvo terribles contiendas con todos los dogmatizadores algo acreditados. Calvino le pinta como un blasfemo entregado á todo género de vicios, y mas bien como un ateo que como un herege. Segun este testimonio, cuando se hallaba Osiandro en sus licenciosos banquetes, en los cuales pretendia adquirir fama de gran bebedor, tomaba el vaso en la mano, y aplicaba los pasages mas santos de la Escritura á cuantas alusiones sacrilegas se le ofrecian. Si el vino era bueno, llenaba bien el vaso, y haciendo el ademan de la elevacion, decia: «Este es el hijo verdadero de Dios vivo.» Tal era la magestad de aquellas religiones nuevas, y tales las abominaciones á que daban lugar las decantadas reformas. No sabiendo ya el gran maestro de Prusia, Alberto de Brandemburgo, cuál era su creencia, desde que habia abrazado el nuevo evangelio, se declaró á favor de Osiandro, y desterró de sus Estados á todos los doctores que le contradecian. Pero no fué de larga duracion el triunfo del dogmatizador favorito, porque habiéndole acometido una epilepsia en Prusia, murió en menos de dos años, de edad de cincuenta y cuatro.

En el mismo año en que este sectario introdujo sus errores en aquella provincia, murió á 8 de marzo de 1550 San Juan de Dios, fundador del orden de la Caridad, y su muerte fué preciosa á los ojos del Señor, habiéndola precedido unas obras de misericordia que con dificultad pudiera haber llegado á hacer otras semejantes toda la opulencia de los reyes (1). Habia nacido en el seno de la mise-

(1) Baill. t. 1, 8 de marzo.

ria, en un lugar de la diócesis de Ébora, reino de Portugal. Sacado de la choza paterna á los ocho ó nueve años, y abandonado despues en España, se puso á servir á un amo que le destinó á cuidar de sus rebaños. Juan, que á pesar de su pobreza habia recibido unos principios sólidos de religion, tenia una vida tan arreglada y cumplia tan exactamente con las obligaciones de su humilde estado, empleando además los momentos que le quedaban libres en todo género de buenas obras, que adquirió toda la confianza de su amo, el cual le dió despues el gobierno y administracion de su hacienda, y por último le ofreció su hija en matrimonio. Pero el piadoso jóven renunció esta fortuna por el amor que profesaba á la castidad perfecta; y para que su amo no volviese á hacerle nuevas instancias, resolvió separarse de él. En medio de su inocencia y piedad tenia Juan una alma fuerte y naturalmente intrépida. Oyó hablar de guerra, y vió que se alistaban tropas en aquellas inmediaciones: con lo que, falto de esperiencia y de consejo, sentó plaza y marchó al ejército, donde muy en breve marchitó la flor de la virtud cuya delicadeza no conocia. No tardaron los remordimientos en despedazar á una alma, que mas bien que corrompida podia decirse arrastrada del torrente de la corrupcion. Volvió en sí, se arrepintió sinceramente, y aun dejó por algun tiempo el ejercicio de las armas. Pero pudo mas su genio marcial, apoyado con el velo ó pretexto de la Religion. Volvió á armarse contra los infieles, pasó á Hungría y peleó contra los turcos, hasta que concluida aquella expedicion se licenció á las tropas españolas. Entonces regresó á su país, halló que habian muerto ya sus padres, pasó segunda vez á España, siendo ya de mas de cuarenta años de edad, se puso á trabajar para mantenerse y se entregó á todos los santos ejercicios de su juventud.

Pero lo que le convirtió en un hombre enteramente nuevo y le trasformó casi de un

golpe en un santo eminente, fué la abundancia de la uncion divina que le inundó de repente al oír en Granada un sermón predicado por el célebre maestro Juan de Ávila, á quien con tanta razon se ha dado el nombre de apóstol de Andalucía. Fué tal la impresion que le hizo, que deshaciéndose en llanto, dándose golpes de pecho en público y detestando su vida pasada, empezó á pedir misericordia con los ojos clavados en el cielo y resonando en la iglesia sus gritos y gemidos. Todos le tuvieron por loco, y él no se cuidó de desengañar á nadie, antes bien se complacia con el desprecio universal, con los insultos del populacho y con todos los tratamientos ignominiosos que sufrió por mucho tiempo. Entretanto, el piadoso orador, que le habia inspirado aquella superior abnegacion de sí mismo, creyó que debia tambien dirigirla. Fué pues á buscarle al hospital, donde se le trataba como á un verdadero loco, y le advirtió que debia ya dar fin á aquella locura voluntaria y dedicarse á unas obras en que sin limitarse á su propia salvacion se hiciese igualmente útil al prójimo. Mostró el dócil discípulo que no habia perdido el juicio, y así los administradores del hospital, como toda la ciudad, convirtieron su desprecio en una admiracion proporcionada á un género de virtud tan distante de las ideas comunes.

Hizo voto de servir á Dios en los pobres, y empezó desde luego á alimentar á algunos de ellos con la corta ganancia que le producian las cargas de leña que llevaba y vendia en la ciudad. En poco tiempo recibió limosnas bastante copiosas que, administradas con una economía, actividad é inteligencia que parecian sobrenaturales, le pusieron en estado de socorrer todas las necesidades públicas y secretas. Aliviaba á todos los pobres enfermos, buscaba y socorria á los vergonzantes, daba ocupacion á los artesanos que no tenian donde trabajar, cuidaba particularmente de las doncellas, cuyo pudor podia peligrar por razon de la pobreza que padecian, iba á los lupanares

para sacar de allí á las mugeres prostituidas, y en una obra tan critica procedia siempre con tal prudencia y circunspeccion que jamas dió motivo para el menor escandalo y estuvo siempre exento de los tiros de la satira y mordacidad. Consagrado principalmente á la asistencia de los pobres enfermos, y no teniendo ninguna casa propia, habia alquilado una para llevarlos á ella; pero del seno de la pobreza salio aquel magnifico hospital que sirvió de modelo á otros muchos que se erigieron en España, en Portugal, en Italia, en Francia y en todos los países donde el espíritu de secta no hizo que se mirasen con desprecio unos establecimientos tan útiles á la sociedad como á la Religion. Como el santo fundador añadia á sus trabajos continuos las mas rigurosas maceraciones, no pudo resistir mucho tiempo á una vida tan austera, aunque estaba dotado de un temperamento muy robusto, y murió á los cincuenta y cinco años de edad. No habia dejado á sus discípulos otra regla que su ejemplo, y así San Pio V les dió la de San Agustin, con sus constituciones practicas. Les repetia Juan con tal frecuencia estas palabras: *haced bien, hermanos míos*, que vinieron á ser su distintivo, de suerte que los italianos llaman todavía á los frailes de la caridad *Fate bene, fratelli*. Fué colocado en el número de los Santos por Alejandro VIII.

No queriendo Julio III retardar la continuación del concilio restablecido en Trento, celebró, dos meses antes del tiempo señalado para la apertura, un consistorio, en el que nombró para que le presidiese en su nombre al cardenal Marcelo Crescenzi, que, además de una erudicion profunda, tenia mucha prudencia y habilidad (1). No tuvo por conveniente darle colegas; pero le agregó en calidad de nuncios el arzobispo de Manfredonia ó Siponto, llamado Sebastian Pighino, y Luis Lipomano, obispo de Verona, eligiendo de intento dos obispos á fin de honrar el episcopado, y de no dar lugar á las quejas que suscitó la eleccion de los presidentes de la primera asamblea con motivo de ser todos cardenales. Despues de haberlos exhortado en muchas conversaciones particulares á que justificasen á la faz de toda la Iglesia la entera confianza que le merecian su sabiduria y prudencia, les mandó que se pusiesen en camino inmediatamente y diesen principio á las sesiones en el dia señalado, por corto que fuese el número de prelados. Se hicieron rogativas públicas por el buen éxito de un asunto tan importante á la Religion, emprendieron los presidentes el viage con algunos otros prelados, y llegaron á Trento el dia 29 de abril de 1551.

(1) Rayn. an. 1551, n. 4, etc.; Pallav. l. 11, c. 13.

tema nuevo y lo traslució casi de un  
 ellas, cuyo poder podia peligrar por razón de  
 respaldar, cuidada particularmente de las don-  
 ocupación á los señores que no tenían donde  
 daban y socorrer á los verdaderamente  
 daban mucho por sus partes, pero segun  
 pñales. El fin de su parte, tallo que  
 pequeña expedicion se hizo á las tropas  
 poco contra los turcos, hasta que con  
 narse contra los turcos, pasó á Hungría y  
 el velo ó pretexto de la Religión. Volvió á ar-  
 con las cargas de la guerra y vendia  
 de ellos con la corte granada que le prohi-  
 y echese luego á rifrar á algunos  
 hizo voto de servir á Dios en los pobres.

...de las comisiones en la corte de Ro-  
 ...de las comisiones en la corte de Ro-  
 ...de las comisiones en la corte de Ro-  
 ...de las comisiones en la corte de Ro-

**LIBRO SEXAGÉSIMO-CUARTO.**

**Desde la segunda apertura del concilio de Trento en el año 1551, hasta su tercera convocacion en el de 1560.**

La sesion undécima del concilio de Trento, que fué la primera del pontificado de Julio III, se celebró puntualmente, segun la orden expresa de este Pontífice, en el dia señalado, primero de mayo de 1551, á pesar del corto número de prelados que habia entonces en aquella ciudad (1). Por tanto apenas se hizo en ella mas que la ceremonia de la apertura, guardando el mismo orden de asientos que en el Pontificado anterior. Solo ocurrió de particular la duda del lugar que debia ocupar el cardenal Madruccio, con respecto á los dos obispos revestidos de la cualidad de nuncios y asociados al legado apostólico. Se consultó al Papa, el cual dispuso que este cardenal precediese á los nuncios en todas las funciones que no fuesen relativas al concilio; pero que en las sesiones, congregaciones y otras concurrencias semejantes, ocupasen los tres presidentes los primeros lugares, como si todos ellos fuesen cardenales. Sin embargo, señaló á Madruccio un puesto particular y distinto del de los demas obispos. Se leyó la bula de convocacion, se preguntó á los Padres si querian que, segun su forma y tenor, se continuasen

las operaciones del concilio, y habiendo respondido: *placet* (estamos conformes), se señaló, y fué tambien aprobado, para la sesion próxima el dia primero de setiembre.

Aunque este término ó plazo fué de cuatro meses, no se formó ningun decreto en la sesion duodécima, celebrada puntualmente en el dia señalado. Habian llegado los dos electores arzobispos de Tréveris y Maguncia, con otros muchos prelados de Alemania; pero se esperaba al elector de Colonia con mayor número de obispos de la misma nacion, cuyos intereses eran el principal objeto que se proponia el concilio: además de que el ejemplo de los tres prelados mas distinguidos del imperio debia atraer tambien una multitud de obispos, no solo de aquella nacion, sino de toda la cristiandad. Se presumió no obstante, desde esta sesion, que tomaria poca parte la Francia en todas las que se celebrasen en el Pontificado de Julio III, porque con la guerra en que se coligó este Pontífice con Carlos V contra el duque de Parma, á quien protegía la Francia, habia irritado de tal modo á esta corona, que, á pesar de que Enrique II tenia mucho celo por la estirpacion de la heregia, no permitió que pasasen á Trento sus obispos, y protestó formalmente contra el concilio por

(1) Psal. Act. Conc. Trid. p. 22 etc.; Pallav. l. 11, c. 14; Fra-Paol; Rain.  
 B. del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V.